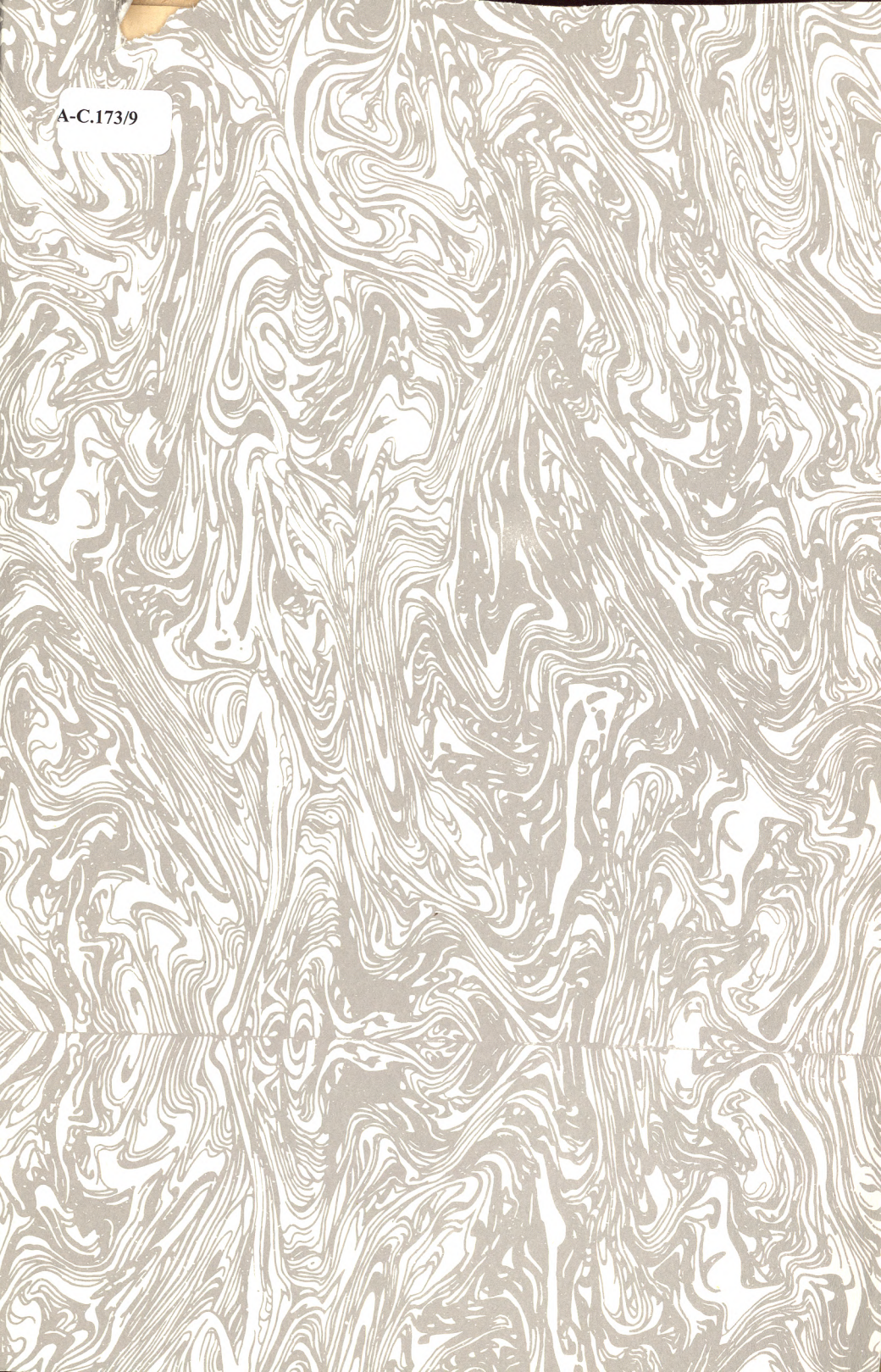
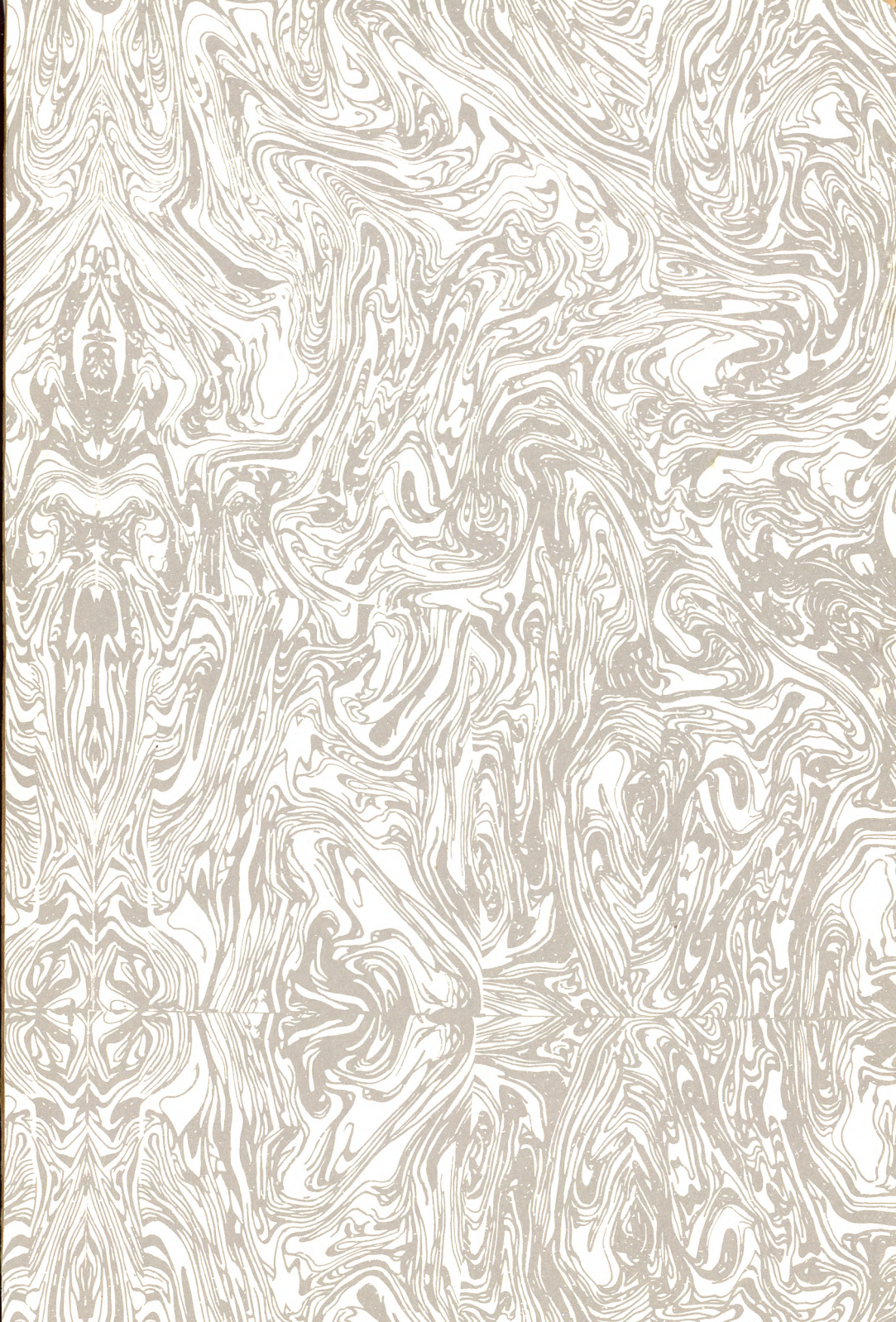


A-C.173/9





A. Fdez Navarrete
40 €

R

122059

A. Gijón 3/9





Lit. de M. Fernandez, P^a S. Nicolas, Zy 9. Madrid.

NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD.

NUESTRA SEÑORA DE LA PALOMA

EN MADRID



CAPÍTULO PRIMERO

Anselmo el veterano.



EN 1730 Madrid no había empezado aún á remozarse.

Esperaba para ello la llegada del rey Carlos III con sus ministros Grimaldi y Esquilache, que tantos sinsabores habían de sufrir nada más que para iniciar las reformas que, andando el tiempo, habían de hacer de Madrid la verdadera capital de España.

Es decir, que por entonces la villa tenía más de corral que de asiento de una monarquía, poderosa aún, y que no había soltado la mascarilla del tiempo de Felipe IV, que tanto la afeaba á los ojos de los que habían visto otras poblaciones.

La calle de Embajadores era una de aquellas

sobre la que más pesaba la incuria de los vecinos y el proverbial descuido del municipio.

Sus casas, la mayor parte de las llamadas *á la malicia*, porque sólo constaban de piso principal para ahorrarse el impuesto que pesaba sobre las que tenían otro piso encima, presentaban un aspecto que indicaba la poca cultura del pueblo y el desprecio en que entonces se tenía la propiedad.

Sus fachadas, sin revoco ninguna, ostentaban, como asquerosos lunares, manchas de barro que los pilluelos que pululaban por doquiera las arrojaban durante todo el día, pues la calle era su elemento.

Veíanse sucios portales con los desperdicios de verdura de toda la vecindad, patios hediondos y mal sanos donde se preparaban las carnes y la tripería que iba á venderse al día siguiente en el Rastro, escaleras desvencijadas hechas de tierra y yeso, pues la madera no había recibido aún ciertas aplicaciones.

La calle sin enlosar y llena de guijarros, colocados sin orden ni concierto, era un lodazal en invierno y muy á propósito en todo tiempo para que un cristiano ó moro se desconcertase un pie ó se rompiese una pierna.

A las puertas de las tabernas había *freidurías* públicas; perdónesenos el salvajismo de la frase que se lee hoy en algunas muestras.

Allí, en vez de pescado, se freía, con sebo, eso que llaman *gallineja*, que es el rejalgar de la coci-

cina, por más que tenga aún muchos aficionados.

Grupos de chiquillos y de viejas hediondas en la calle completaban aquel cuadro de la *Corte de los Milagros*.

De vez en cuando, como aparece una estrella en el oscuro cielo de una noche de otoño, se veía salir ó entrar en cualquiera de los tugurios una muchacha de quince á veinte años, de las que, andando el tiempo, se habían de llamar *manolas*, contentándose por entonces con el ampuloso nombre de *majas*.

Peina y zapato bajo; he aquí sus distintivos.

Esto en el traje.

La cara era altamente subversiva, pues hacía que siempre estuviese tocando á rebato la tranquilidad del sexo feo.

Tal era la calle de Embajadores y, en general, todas las del barrio, en 1730.

Damos comienzo á nuestro relato en una tarde de invierno, esto es, cerca de la hora del crepúsculo.

Habia llovido y hacía mucho frío.

Las primeras sombras de la noche avanzaban, aumentando su lobreteguz una niebla húmeda que empezaba á envolver las vetustas torres de la iglesia de San Cayetano y los aleros y caballetes de los tejados.

Los jornaleros que habían trabajado aquel día se retiraban á sus hogares, pues á causa de la ba-

ratura de las viviendas ese barrio ha sido siempre preferido por la gente que gana poco.

Algunas viejas entraban y salían en la vecina tienda de aceite y vinagre, como se llamaban entonces, á proveerse de lo necesario para una cena, tristemente frugal.

La calle empezaba á quedar desierta y á oscurecer, porque aun no se había instalado los faroles del alumbrado público.

A la puerta de una casa que había dando frente á San Cayetano, se encontraron una muchacha de unos veinte años, que entraba con un esportillo con carbón en la mano, y una niña que apenas contaría diez, la cual llevaba una aceitera y algunos, muy pocos, cuartos, negruzcos y roñosos.

El traje de la primera era pobre, aunque se notaba en él cierto deseo de agradar, cierto coquetismo en su propietaria, que no hacía buenas migas con lo usado y la calidad de la tela.

En cuanto al de la niña podía tacharse de miserable.

—¿Y tu abuela?—preguntó aquélla á ésta.

—Un poco mejor.

—Luégo pasaré á verla.

—Adiós y gracias.

Tras estas palabras ambas se separaron.

La joven subió al corredor del piso principal que rodeaba el patio, entrando por una puerta que había á mano derecha, señalada con el número 2.

Era una habitación mezquina, casi sin muebles.

Lo único que resaltaba allí era un lienzo sujeto á un marco dorado.

Representaba una efigie de la Virgen de la Soledad.

Un rostro de mujer dolorido y angustioso, rodeado por los blancos pliegues de una toca, que la caía sobre el pecho, y un manto negro sobre los hombros; en la cabeza una corona, figurando plata.

He aquí la imagen.

Aquel lienzo no tenía gran mérito artístico; sin embargo, se conocía que el pintor había tomado las tintas del sentimiento en la paleta del dolor.

El rostro de la afligida Señora estaba ejecutado con mucha verdad; leíase en él que era una madre que acababa de perder á su hijo.

Debajo había una mesa de pino con un San Antonio de barro, dos ó tres chucherías de cristal y un plato con frutas, hechas de cera y lleno de polvo.

También se veía un vaso de vidrio en el que ardía una lamparilla en honor de la Virgen.

Una cortina de percal encarnado con florones negros extendía sus pliegues delante de una puerta sin hoja que había á la derecha.

Al entrar la joven salió de allí una voz quejumbrosa que decía:

—¿Eres tú, Magdalena?

—¡Yo soy!—contestó la joven con mal humor.

—¡Tengo mucho frío!

—Pues esperad si queréis; voy á poner lumbre en el barreño.

Y la joven vació el carbón que llevaba, entre el que metió un ascua procedente del fogón, y se puso á soplar murmurando:

—Afortunadamente esto durará muy poco.

En aquel miserable tugurio vivía uno de los veteranos de la pasada guerra de sucesión que estalló entre Felipe V y el archiduque Carlos, cuando aquél entró en España para ocupar el trono, según el testamento de Carlos II.

Anselmo y su hija estaban en la mayor miseria, pues sólo contaban con una corta pensión que la casa de Medinaceli le pasaba por servicios prestados por su difunta mujer.

Pero las penalidades de la guerra habían influido fatalmente en la salud del veterano, el cual hacía años que apenas podía moverse de una silla.

Magdalena perdió á su madre siendo aún muy niña.

Su educación se había resentido de esta pérdida; entregada á sus instintos, que no eran los mejores, concibió desde los primeros años un horror invencible hacia las penalidades de su posición.

Acusaba principalmente á su padre por no haber escogido un oficio lucrativo en vez de dedicar-

se á pelear por la patria, que no da nunca más que disgustos.

Comparándose con otras jóvenes de su edad, se creía humillada al no poder vestir como ellas ni presentarse en los paseos.

Había adquirido un pedazo de espejo, el cual la decía, entre otras cosas, que era muy bonita, y que adornada de otro modo aquel rostro hubiera valido doble.

Un espejo es un amigo peligroso para una muchacha; dice siempre la verdad, pero hay verdades que no deben decirse.

Así es que el pobre Anselmo tenía asistencia detestable por parte de su hija.

Esto, unido á la escasez de sus recursos, agotados por una larga é incurable enfermedad, le hacía sufrir doblemente.

Había vendido ya lo poco que poseía.

No le quedaba más que aquella Virgen y un par de pendientes de su mujer.

Esto aumentaba el antagonismo que existía entre el padre y la hija, por causa de la última.

Una joven de veinte años, que además es algo presumida, difícilmente se deshace de un par de pendientes.

Magdalena no quería deshacerse de éstos, y Anselmo se hubiera dejado cortar un brazo por su Virgen de la Soledad.

Aquella Virgen era para el veterano mejor que un grado y que una condecoración.

Iba unida á uno de los hechos más brillantes de su hoja de servicios, y se remontaba á un episodio de la guerra de sucesión.

Su regimiento acababa de entrar en Villarreal después de muchas horas de fuego.

Los austriacos habían hecho una defensa heroica, teniendo al fin que abandonar la población.

Después de haberla defendido casa por casa, como se defienden las posiciones en una guerra civil, un puñado de valientes se parapetó en el convento de agustinos que había á la salida de la villa.

Era un escuadrón de dragones que, habiendo dejado los caballos en uno de los patios del convento, estuvieron haciendo fuego desde las ventanas por espacio de hora y media.

No pudieron resistir más tiempo, porque las tropas del rey se les iban encima.

Entonces decidieron huir.

Pero á fin de no dejar á las monjas expuestas al furor de la soldadesca desenfrenada, cada soldado colocó á una en la grupa de su montura, y de este modo salió todo el escuadrón por una puerta excusada del huerto.

Las tropas de Felipe se lanzaron al convento, no tanto para perseguir á los rezagados, cuanto por entregarse á la rapiña, á pesar de los bandos del rey, publicados para evitar tales desórdenes.

Anselmo penetró también en aquel sagrado recinto; iba sofocado, bebió agua del aljibe y se sentó en uno de los claustros, porque le rendía la fatiga.

Oía á sus compañeros correr como locos por aquellas galerías destrozándolo todo, porque parece que el soldado en tiempo de guerra va siempre poseído del espíritu de devastación que lleva el huracán en sus alas.

Abrían y cerraban con estrépito las puertas de las celdas y se entregaban á todos los punibles excesos que criticaban en los alemanes.

De pronto, entre aquella bataola infernal, en medio de aquel fragor, que era aun más siniestro que el ruido de la pelea, creyó oír gritos de mujer pidiendo socorro.

Púsose en pie y escuchó.

No podía abrigar ningún género de duda; era una mujer la que gritaba con voz angustiada.

Entonces, guiado por los generosos instintos de su pecho, y calculando lo que podía ser, tiró del sable y se puso en marcha hacia donde resonaban los gritos mezclados con carcajadas.

Cruzó un claustro en el piso superior.

El ruido partía de una puerta que había en uno de los ángulos, sobre la cual se dibujaba esta palabra: *Enfermería*.

De un salto traspasó el umbral, porque las voces, aunque más angustiosas, se iban apagando.

Encontróse en un salón con varias camas vacías.

Unos tres ó cuatro soldados luchaban con una pobre monja, á quien acababan de sacar brutalmente de una de ellas.

Era joven y hermosa; estaba enferma y casi desnuda.

Sus hermanas, al huir, no se habían acordado de prevenirla, y la infeliz ignoraba que había quedado sola en el convento.

Aquella gente la hacía objeto de las más brutales chanzas, y se disputaban su hermosura como buena parte del botín.

La monja pugnaba, sobre todo, por cubrir su desnudez, que devoraban aquéllos con miradas livianas.

Al ver á Anselmo levantaron la cabeza, diciéndole:

—No, tú no entras en suerte; has llegado tarde.

—A tiempo por lo visto—contestó aquél.

—¿A tiempo de qué?

—De impedir que cometáis un atentado que deshonraría nuestro uniforme.

La monja, al oír aquel lenguaje, le dirigió una mirada de agradecimiento al par que con ella le pedía auxilio; en cuanto á los soldados prorrumpieron en una carcajada.

—Vamos, camaradas—prosiguió Anselmo—dejad á esa pobre mujer y compadeceos de su estado; ¿no veis que está enferma?

—¿Y á ti qué te importa?—exclamó uno de ellos.—No te mezcles en los negocios de los demás.

—¿Pero es que os habéis propuesto abusar de su estado?

—Haremos con ella lo que nos dé la gana.

—¡Socorredme!—sollozaba la pobre monja.

—¿La dejais ó no?—gritó Anselmo con voz terrible.

—¡Pues bien, no!—gritaron los cuatro.

—Entonces Anselmo cayó sobre ellos sable en mano.

Trabóse una lucha desesperada.

Uno de ellos, mientras los otros tres se batían, asió á la monja de un brazo y la arrastraba hacia la puerta.

La joven cayó de rodillas.

Anselmo hizo un terrible molinete y se abrió paso, dejando á uno fuera de combate.

En seguida se precipitó sobre el raptor de la joven y le hendió el cráneo de una cuchillada.

Los dos que quedaban sanos huyeron.

La infeliz, viéndose libre por el momento, quiso besar las plantas del que tan bravamente había defendido su honra.

Anselmo procuró serenarla.

—Nada tengo con que poder demostraros mi gratitud—le dijo la joven vertiendo el llanto del agradecimiento.

—Sí tenéis—contestó Anselmo prontamente.—Y si creéis que vale algo lo que he hecho, dadme ese lienzo.

Y señaló á una imagen de la Virgen de la Sole-

dad que pendía de un clavo en una de las paredes del salón.

Después añadió.

—La petición os parecerá extraña en un soldado, pero sabed que mientras peleaba por vos he mirado casualmente á esa imagen, y os juro que me sonreía.

La monja descolgó el cuadro prontamente y se le entregó, diciendo.

—No creáis que es mala recompensa.

Anselmo, con la punta del sable, rasgó el lienzo junto al marco, y arrollándole le metió en su pequeña mochila.

Desde entonces no se separó de él.

Le recordaba uno de los mejores hechos de su vida de soldado.

Por eso cuando Magdalena, en medio de los apuros de la casa, le hablaba de vender el lienzo, la decía:

—¡Es mejor que vendas tú los pendientes!

CAPÍTULO II

Lucha terrible.



N esta lucha continua estaban siempre el padre y la hija, sin que ninguno de los dos cediese, el uno por devoción y por coquetería la otra.

Pero Magdalena había dicho:

—«¡Afortunadamente esto concluirá pronto!»

¿Por qué?

Un día en la calle un joven la llamó hermosa.

Esto ni era nuevo ni tenía nada de particular; la sucedía con mucha frecuencia.

Pero las mujeres gustan de ver el talante de los que las requiebran.

Magdalena se apercibió de que aquel joven no era feo, y si hubiera estado en uso la costumbre entre las mujeres, le hubiese devuelto el requiebro.

Al día siguiente volvió á encontrársele en el mismo sitio, y el joven á la palabra del día anterior añadió algunas más que hicieron sonreír á Magdalena.

Cuando una mujer sonríe está muy cerca de conceder.

Esto debía saberlo el mancebo, porque insistió el tercer día.

Al cuarto Magdalena y él cambiaron ya muchas palabras.

Su padre la decía:

—¿Por qué tardas tanto en volver cuando sales?

Desde entonces Magdalena empezó á sentirse en su casa peor que antes.

Odiaba aquella pobreza; la escasez de recursos la hacía mirar mal á su padre, que la había engendrado para martirizarla.

Estas eran sus palabras.

Magdalena las pronunciaba sin saber tal vez que eran atroces, que nunca deben estar en los labios de una hija, sobre todo cuando carecen de exactitud, como sucedía en aquel caso.

El joven era hijo de un magnate y hablaba á Magdalena de joyas y galas, con las que brillaría más su hermosura.

La infeliz no sabía que aquel era el lenguaje de la seducción.

Porque ¿qué joyas puede usar honradamente la mujer que ha nacido en clase humilde, mucho más si se las ofrece un amante?

Magdalena amaba á Diego y se creía amada por él.

Este fué su error.

Si la hubiese amado de veras, ¿hubiera llegado á proponerla que abandonara á su padre, viejo y enfermo, para huir con él?

—¡Imposible!—exclamaba aquélla que, en medio de su pasión, recordaba sus deberes.

—¿Por qué?—la preguntó su amante.

—Tú serías el primero en despreciarme, recelando con razón que, pues abandonaba á mi padre, hiciese contigo lo mismo algún día.

—¿Se puede abandonar á un esposo?—dijo el astuto joven.

—¡Cómo!

—¿En qué otro concepto podías venir conmigo, siendo tú honrada y yo caballero?

—¿Qué dices, Diego?

—La verdad.

—Entonces ¿no es más sencillo que hables á mi padre?

—Tu padre se negaría por más de una razón. En primer lugar, el mío ha peleado por el archiduque, estando él en el campo contrario, y esto no lo olvida nunca un soldado viejo: después la desigualdad de condiciones haría que tu padre se considerase rebajado al conceder tu mano al que procuraba ensalzarle.

—¡Es verdad!—murmuró la joven tristemente.

—Ya ves cómo no te engaño.

—Entonces ¿cuál es tu intento?

—Sacarte de tu casa y unirnos al pie del altar; cuando no tenga remedio, cuando no pueda interponer su veto nos presentaremos á él pidiéndole perdón.

—¡Pero abandonarle estando enfermo!

—Uniéndote á mí, ¿no le proporcionas los medios de que atienda mejor al restablecimiento de su salud? Cambiará de posición, estará asistido por los principales médicos de la corte.

—¡Todo, todo lo reconozco!

—Además, tu ausencia durará muy pocos días, tan pocos que, cuando empiece á apercibirse de ella, volverás á su lado y entonces viviremos juntos para no separarnos jamás.

—¡Sin embargo, no me atrevo!...

Esta lucha duró quince días.

Diego agotó el diccionario de la pasión, conociendo que Magdalena se batía en retirada.

Hasta la dijo que conspiraba contra su padre, puesto que, teniendo medios para mejorar su posición, no los empleaba.

Llegó el caso de que la pobre Magdalena se echara en cara esto mismo, diciéndose que era una mala hija.

En fin, tales razones empleó su pérfido amante, que al cabo consintió en todo, siendo aquella la noche dispuesta para la huida.

Pared por medio vivía la niña que hemos visto que la saludó al entrar en el portal.

Llamábase Isabel Tintero, y hacía ya algunos años que ocupaba aquella vivienda en compañía de su anciana abuela.

La vecindad hizo y estrechó las relaciones de las dos familias.

Los dos viejos simpatizaron, esto es, el padre de Magdalena y la abuela de Isabel.

Los viejos estrechan en seguida los lazos de amistad, que les permite hablar de *sus tiempos* criticando la época en que empieza su decadencia.

Como Anselmo no podía salir, postrado en una silla por su parálisis, la anciana pasaba muchos ratos á su lado, haciéndole compañía.

Al mismo tiempo hilaba.

Su charla no era perdida, porque aquella tarea, aunque poco, la valía algún dinero.

Esto la dió ocasión para conocer el carácter de Magdalena, siendo testigo de alguna de las disputas que sostenían el padre y la hija.

Cuando se estableció la confianza la anciana se creyó en el deber de darla buenos consejos, que Magdalena calificaba de *chocheces*.

Por cuya razón es inútil decir que no hacía caso de ellos.

A aquellas veladas de invierno asistía Isabel; ayudaba á su abuela cuando ésta se cansaba, y se dormía á lo mejor.

Otras veces enredaba la labor de Magdalena, ó